Ich bin nicht ein berliner. Ich bin Berlin

JUANA MOLASSES

**ICH BIN
NICHT EIN
BERLINER.
ICH BIN
BERLIN.**

JUANA MOLABES

Capítulo 1

Berlin siempre quedó en mis pensamientos, como una extensión mía o mejor dicho, como una parte de mí. Muchas veces dije que mi corazón quedó ahí y necesito volver a buscarlo... podría estar flotando en cualquier lado de esa ciudad inmensa a la que llegué casi de casualidad.

Porque no sabía qué esperar cuando compré mi primer pasaje, como en el año 2010, pero puedo asegurar que encontré más de lo que esperaba. Fue parte de mi plan de escape de Copenhague, una ciudad demasiado perfecta, demasiado ordenada, donde la gente es demasiado rubia y en donde me resultó demasiado fácil perderme con un mapa en la mano y la valija haciendo ruido en las callecitas de piedra. No soporté a ella ni a sus excesivos precios para esta tercermundista mochilera y decidí no continuar con mi plan de ir a Samsø, una isla autosustentable al 100% . Así que después de pasar por un mercadito a comprar un agua y tener mi enésima charla sobre "el país de Maradona" pasé por la oficina de Touring y compré "el primer pasaje a cualquier lado para esta noche".

Y así llegó Berlín a mi vida. Como los mejores amores, los que nunca esperé y me encontraron de golpe seco y me tumbaron. Aunque llegar a ella no fue tan fácil, igual que en las verdaderas historias de amor. En esta historia fundamental de mi vida como viajera fue que conocí a Cata. Ella hizo que mi romanticismo por la ciudad aumentara, por las chances.

Cuando me subí al bus esa noche, sabía que llegaría a la estación de Funkturm, por primera vez a las 2AM de un viernes. No sabía adonde iba a dormir al llegar a Berlín porque en Copenhague para casi todo, incluso para el wifi había que pagar y un precio monstruoso. Así que decidí averiguar donde dormir una vez que llegara a Berlin. Lo admito, tenía miedo, nadie hablaba más que lenguas germánicas (y no inglés justamente) en ese bus y peor que eso, nadie hablaba en ese bus! Murmuraban o estaban callados y después dormidos, muy nórdicamente sepulcrales. Así que dejé que mi cerebro me dijera cosas como "Lo hiciste de nuevo" "Jodete" "Tendrás que dormir en la estación" y todo lo que mi cuerpo iba sintiendo era una masa de nervios, de estupidez y de soledad en aumento. Mirando por la ventanilla en un bus a oscuras sentía como empezaban a subirse las lágrimas por mi garganta.

Hasta que

Escuché en todo ese silencio una voz en español! A la que respondí como Julieta a Romeo desde el balcón: "Hay alguien hablando español?"- "Siiiiii quien eres?"

A lo que el público (me refiero a la gente que intentaba dormir) respondieron "Shhhhhhhh" casi al unísono. "Hablemos después" -

quedamos la voz sanadora y yo.

Lo genial fue que para pasar de una ciudad a la otra tuvimos que cruzar un canal en el mar Báltico haciendo trasbordo en un ferry, así que antes de llegar a Berlín tuve la preciosa chance de conocer a Cata. Estaba hablando con otro pasajero, un astrólogo alemán que conoció en el bus y era un personaje bastante particular, además de dominar muy bien el español que había aprendido en Argentina, tomaba un vino bastante horrible en un vasito de plástico y lo se porque de tanta felicidad tomé un buen vaso cuando me lo ofreció. Tanta felicidad de que al menos dos personas pudieran darme una mano, decirme qué hay en Berlín si es que lo sabían, donde podría dormir, si iba a morir sola por la calle, algo mínimo para poder armarme un esquema mental. Era mi primer viaje sola al otro lado del océano y todavía no había pasado por una situación semejante de autodesprotección.

Charlottenburg era el barrio al que tenía que ir según el astrólogo. Cata me dijo que a ella la estarían esperando en Funkturm para dormir con un afritión de Couchsurfing, pero que si habría algún problema con eso, nos buscaríamos juntas un lugar donde dormir.

No quiero decir "por suerte" pero lo fue de alguna manera, que a Cata no la buscaron en la estación y después de mucho caminar llegamos al barrio de Friedrichshain, a un hostel lleno de extraños que hablaban nuestro idioma con leves variaciones, casi orquestales. Dos italianos (me corrijo, Napolitanos) con su forma arrastrada de pronunciar las palabras al final de las oraciones, dos españoles que además de viajar mucho vivían en Strastburgo y Cata, de Barcelona y claro que también estaba yo, con mi acento arggggggentino. Y todo fue un circo perfecto para mis días en Berlín.

La conocí por todos lados, por donde pude, por donde supe y sin saber. Conocí algo de su underground: esos bares escondidos hacia abajo, donde la cerveza es tan barata y la música suena muy fuerte. Todos bailamos esa noche entre amigos, hacía tanto tiempo que no me sentía así, los chicos hablaban con otras chicas y Cata y yo reíamos y tomábamos cervezas con extraños y no podría haber pedido mucho más esa noche. No quería más que eso, me di cuenta de que quería ir a dormir y volví sola, porque podía. El UBahn (el subte) estaría abierto casi toda la noche así que volví caminando cantando una canción con esa felicidad plena de estar en el momento correcto en el lugar indicado. La plenitud. Berlín es como un monstruo grande, pero amigable, dan ganas de acariciarlo, de conocerlo, de ganarse su confianza. En Berlín dejé de tener miedo, plenamente consciente de la situación, mientras atravesaba pasillos de subte, enormes y realmente vacíos a cualquier hora de la noche casi como en una película, algo que nunca podría haber hecho en mi ciudad.

Decidí quedarme en Berlín una semana, los precios de la ciudad no me aterraban y realmente era un lugar que quería conocer por completo, todo lo que estuviese a mi alcance, en lo posible TODO. Cada lugar era una marca personal, una historia de un lugar que pasó por una transformación, por un derribe, por una reconstrucción, por una guerra. Berlín es una ciudad renovada, tuvo que pasar por muchas cosas para ser el hermoso, diverso y enorme lugar que es hoy.

Sus plazas son ideales para dejar de trabajar y salir a tomar una siesta en el pasto mullido, entre esos sonidos de un idioma extraño, como susurros que pasan por mis oídos. Sus calles son inmensas, como sus edificios, con un patio interno, se ven sólidos además de grises, con sus grandes ventanales. Las veredas son amplias y la gente anda tan rápido en bicicleta que podrían atropellarte. Cada una determinada cantidad de cuadras hay un máquina enorme trabajando, reconstruyendo la ciudad. Mis pies no paran, se suben y se bajan del UBahn, llegan a Alexanderplatz, se van por Charlottenburg, recorren el Tiergarten a pie (una verdadera locura por la magnitud de su extensión) de ese pulmón verde gigante en el medio de la ciudad. Un monstruo así de enorme y hermoso como esta ciudad no podría haber tenido unos pulmones más indicados.

No me quiero ir más de este lugar, esta ciudad me hace feliz. Caminar bordeando el Spree, pasar por la isla de los museos, todo parece en expansión, como a punto de ebullición, de ser algo más grande y más novedoso. Tengo la oportunidad de ver al último oso que reside en la ciudad, que más que curiosidad, atracción o indignación me genera asombro, como si algo como tener un oso encerrado en una jaula en el medio de una ciudad no fuese realmente producto de mi imaginación.

Vamos a Taschenles, antes de que deje de existir, ese edificio lleno de artistas, de inmigrantes y de música tecno, todo en un mismo lugar. Fumamos unas flores que despiertan mi costado de monologuista y no paro de reír en toda la noche y de conocer gente que está igual de colocada que nosotros, con ganas de estar afuera, de comer curry sin parar y de tomar mucha cerveza barata en una noche interminable e incansable. Fue cuando tomé la decisión de volver siempre que pueda a Berlín.

Lo que serían tres días se convirtieron en diez y me fui no porque quisiera o me cansara de estar ahí, pero porque era mi primer viaje (mi primer tenedor libre, mucha variedad para probar en muy poco tiempo) en Europa y tenía que conocer más ciudades en mi mes de vacaciones. Así que con mucha tristeza tuve que explicarle a mis nuevos amigos que era hora de partir, pero que probablemente volvería en unos días, antes de tomar el avión en Frankfurt para regresar a Buenos Aires.

Mi siguiente parada fue a Praga. Una ciudad hermosa, tengo muchas y buenas historias ahí, como en todos los lugares que se visitan con una

mochila, pero no tiene mi corazón. Recorrí muchas ciudades en las siguientes semanas, pasé por momentos geniales, de euforia y alegría, de tristeza y desolación, de cansancio sobre todo. Conocer requiere de mucha energía. La energía no está incluida en el itinerario, pero es necesaria para todo y pasar de una frontera a otra, dormir en buses incómodos y en trenes todo en un mismo día y es realmente cansador, de una forma romántica ahora que lo veo a la distancia.

Volví a Berlín por unos días antes de tomar mi vuelo a Buenos Aires. Y volví a los bares subterráneos y a la cerveza barata y a las calles, donde aprendí mis primeras palabras en alemán y pensé con todo mi ser que "tengo que aprender este idioma y tengo que volver a esta ciudad".

Y lo hice, un año después. Mis amigos ya no estaban y todo parecía el decorado de una novela que se había terminado, los lugares me parecían más vacíos y más solitarios, porque yo estaba de esa manera, no porque Berlín me recibiera así. Ella seguía creciendo, casi imperceptiblemente, poderosa y tan silenciosa como la primera vez. Tracé en ella rastros del muro, que como cicatrices marcaban el piso de la ciudad, caminé muchas veces en la lluvia, me metí en todos los museos que pude y de nuevo tomé mucha cerveza barata. Y conocí gente genial aunque no con la misma intensidad que la primera vez. Y no estuvo nada mal.

Cuando tomé el bus a Nuremberg, esa vez sabía no iba a volver por un tiempo, porque las cosas ya no estaban tan bien como antes en Buenos Aires y tendría que resolver asuntos personales, pero sí sabía que volvería y ya esa sola idea merodeando en mi cabeza me llenaba de felicidad, de reencuentro con este lugar que ya era parte de mí.

Y claro que volví! Tres años después. Me senté un año entero llorando porque necesitaba una señal para quedarme ahí para siempre, en mi lugar en el mundo, a buscar mi dosis de Berlín, como una adicta que no quiere recuperarse, que quiere más de lo que este lugar tiene para ofrecerle, porque siempre hay algo más y algo nuevo esperándome ahí. Hablé con mi counselor, durante meses de lo mucho que extrañaba este lugar y de cómo es mi lugar en el mundo y de que me siento como Berlín.

"Yo soy como Berlín" le dije exaltada "Tenemos cicatrices dispersas por todos lados, pasamos por muros, por frustraciones y por guerras, en mi caso tan internas, me sentí tantas veces destruida y dividida, pero sigo reconstruyéndome y rearmándome porque es lo que se hacer"

Recorrí Berlín en bicicleta toda una semana antes de seguir viaje por Alemania y admito esa última vez, como cada vez que fui vi algo nuevo, sin tener que repetir. Esta vez fue en Neukölln y en las callecitas de Kreuzberg que presencié como la ciudad seguía avanzando. Me pasé horas recorriendo o sólo acostada mirando el cielo, también leyendo en Tempelhofer feld. Me volví a sentar de este lado de Spree a mirar el

atardecer, como siempre, ahí cerca de la East Side Gallery, donde están todos los graffittis en las paredes y la gente se acomoda en el borde a tomar Club Mate y hablar bajito, a la izquierda veo la estación Warschauer Straße. Ahora empezaban a construir algunos edificios en el borde del río, la ciudad empezaba a verse más capitalista, aunque no menos adorable, de alguna extraña manera.

Me sigo sintiendo vulnerable ante su nombre todavía. Sigo queriendo volver, sin dudarlo, sin tener nada que buscar ahí, sólo a recorrerla y a disfrutarla, como una franquicia de mí que está del otro lado del océano.

Esta mañana hablaba con mi counselor de las cosas que fui aprendiendo sobre mí en estos años, desde que empecé a ir a su consulta, queriendo irme para siempre a Berlín porque había dejado ahí una parte de mí y la frustración de que la ciudad no me haya elegido para quedarme. Como si la ciudad fuese la responsable de nuestra distancia. Desligándome de la responsabilidad de elegirla y de pelear por permanecer en ella.

Este año en particular, aprendí a quererme, sin la mirada de los otros, a respetarme, a escuchar y atender mis propias señales, a sentir las cosas que me llaman de adentro, a tener paciencia, a disfrutar de los procesos. Esta mañana sentí algo que nunca antes había sentido mientras Analía relataba estos mismos procesos: un calor interno, real, como un fuego emanando en todo mi interior y empezaron a brotar las lágrimas, desde muy adentro. La interrumpí,

“Yo soy Berlín, entonces ya estoy ahí” le dije. “ Soy ese lugar enorme, yo no necesito ir a Berlín para ir buscar a Berlín porque la llevo acá conmigo, está adentro mío y crece y va conmigo a todas partes y así puedo sentirla. La siento en mí de verdad”

Todo el tiempo fui a Berlín a buscarla, atravesando océanos y despeluchando mis tarjetas de crédito y ella estaba ahí, eso que elegí llamar Berlín, pero es mi motivo, mis cicatrices y mi propio muro que también tuve que derribar, esa necesidad de avanzar y de darme lo mejor y de cuidarme y limpiar mis heridas, de aprender de lo nuevo para avanzar y de reírme con la misma intensidad de mi éxito y mi fracaso personal con mi propia magnitud de lo que esto significa sólo para mí.

Yo no soy berlinesa. Yo soy Berlín. Y pueden sacarme de Berlín pero nunca van a lograr sacar a Berlín de mí.